

giosos de sus contemporáneos y su temor al castigo futuro, á fin de exaltar á su maestro, suponiendo que había librado á la especie humana de una esclavitud mental horrible. Yo no veo ninguna huella de semejantes sentimientos en ninguna parte de la literatura de aquella época, salvo en esas declamaciones epicúreas. He aprendido casi todo lo que me gusta más de Catulo. Crece á mis ojos, á medida que me familiarizo con él. Una cosa tiene—no sé si es suya ó algo de mí mismo—pero hay ciertas cuerdas de mi espíritu que hiere como ningún otro. Los primeros versos de *Miser Catulle*, los versos á Cornificio, escritos evidentemente estando en cama, y parte del poema que principia *Si qua recordanti* me afectan más de lo que puedo decir. Siempre me hacen llorar. Ahora he recorrido los siete primeros libros de Marcial y he aprendido unos trescientos sesenta de los mejores versos. Su mérito me parece consistir sobre todo en la rápida sucesión de imágenes vivas. Hubiese deseado que fuese menos repulivo. Es tan brutal como Aristófanes. Ciertamente es un escritor muy hábil. A veces llega muy cerca del mismo Catulo. Pero, amén de lo grosero, me disgusta por su servilismo y su pordiosería. En su posición—porque era un caballero romano—no hubiera estado de sobra un poco más de dignidad. Concedo mucho á la diferencia de costumbres; pero jamás puede haber sido *comme il faut* en ningún tiempo ni pueblo el que un hombre de nota, un hombre que se roza con los grandes, esté pidiendo constantemente, y persiga con andanadas de insultos á los que no le dan nada.

En Septiembre de 1857 escribe Macaulay: «He estudiado á ratos perdidos la *Pairia*. Necesito estar mejor informado acerca de la asamblea en que he de sentarme.» Pronto pudo repetir sin libro la lista entera de la

Cámara de los Lores; y pocos días después apunta: «Más ejercicio para mi memoria: segundos títulos.» Cuando acabó con la *Pairia*, pasó al Calendario de Cambridge y después al de Oxford. «Ahora—dice—me sé de memoria todos los Fastos de nuestra Universidad—todo lo digno de recordarse, se supone.—Una cosa fútil; pero quería ver si mi memoria era tan fuerte como solía, y no noto ninguna decadencia.»

1.º de Junio de 1858.—Siento ver que voy perdiendo mi alemán. Me he decidido á recuperarle. Dicho y hecho. Me llevé al jardín la *Historia de la guerra de los Países Bajos* de Schiller, y lei cien páginas. Haré lo mismo diariamente todo el verano. Habiendo sentido la necesidad del italiano en sus excursiones anuales, Macaulay tomó un maestro para soltarse á hablar. «Conversábamos—dice—cinco cuartos de hora. Me desenvolvía maravillosamente, mucho mejor de lo que yo esperaba.» Me acuerdo muy bien de la pintura que hacía mi tío de aquellas conferencias. Mientras las lecciones se referían á los diálogos ordinarios en el tren y las fondas, Macaulay, tenía poco que decir y mucho que aprender; pero, siempre que la conversación versaba sobre política á literatura, asombraba á su compañero con la profusión de su vocabulario un si es no es arcaico. El preceptor apenas podía dar crédito á sus oídos cuando un discípulo, que tenía que aprender las expresiones corrientes para pasar su equipaje por la aduana ó pedir sus cartas en el correo, empezaba á hablar de pronto de la ocupación francesa de Roma con un torrente de frases que bien hubieran podido salir de la pluma de Fra Paolo.

El placer con que Macaulay se entregaba á esos pasatiempos que entretenían sus horas solitarias, contribuyó no poco á su felicidad y al equilibrio de su ánimo.

mo. Durante los dos últimos años solía interrumpir la lectura para engolfarse en cálculos financieros relativos al mercado de fondos, á las rentas públicas, al presupuesto del «servicio civil» y sobre todo á la lista del clero. Se pasaba una tarde comparando la duración media de la vida de los arzobispos, primeros ministros y lores cancilleres; y otro siguiendo la carrera de los primeros individuos de cada lista sucesiva de premiados en Matemáticas, para ver si en el curso de la vida el primer premio lograba generalmente conservar la delantera sobre sus antiguos competidores. A falta de otro pasatiempo, se entretenía en revisar antiguos ensayos y trabajos ó se entregaba á las divagaciones de su fantasía. «El otro día cogí el *Knight's Magazine*, y después de un intervalo de unos treinta años leí una novela romana que escribí en la Trinidad. Seguramente yo era un chico listo, pero un humanista bien poco maduro para tal empresa (1).» Y en otro lugar: «He leído obras mías durante algunas horas, y no me desagradaron en general. Pero ¡ay! ¡qué corta es la vida y qué largo el arte! Me parece como si hubiese empezado ahora á saber escribir, y lo probable es que haya acabado de escribir dentro de muy poco.» Veo—dice en otra ocasión—que ahora fantaseo largos ratos; no más quizá que antiguamente; pero antiguamente lo hacía sobre todo paseando, y ahora al amor de la lumbre. Si vivo, escribiré una disquisición más completa que todas las escritas hasta aquí sobre esta costumbre. Una buena costumbre en ciertos sentidos. Yo, por lo menos, le atribuyo una gran parte de mis éxitos literarios (2).»

(1) *Los Fragmentos de un cuento romano* figuran en las *Misceláneas* de Macaulay.

(2) «Ayer fui á Weybridge—dice en una carta á Mr. Ellis.—

Y así vivía satisfecho Macaulay en su agradable retiro. Sus críticos, y más aún, sus lectores, le honraban con una indulgencia deferente que rara vez se otorga á un contemporáneo. Algún que otro *Magazine* publicaba á veces un artículo censurando su parcialidad como historiador; pero él guardaba silencio, y no tardaba en olvidarse el asunto. El público se negaba á menguar con ningún género de reparos el placer que le deparaban las páginas de Macaulay: se preocupaba tan poco de su aversión por Jacobo y de su admiración por Guillermo, como de que Tácito hiciese un tirano de Tiberio y un héroe de Germánico. Macaulay menciona en su Diario una circunstancia que revela el puesto que ocupaba ya en la estimación del público. Un caballero relacionado con la alta sociedad, un cumplido hombre de mundo, que tenía la desgracia de ser hijo natural, fué á ver á Macaulay para quejarse de que hubiese usado en su *Historia* el término «bastardo» y rogarle encarecidamente que no sancionase con su inmensa autoridad tan cruel epíteto (1).

Puede suponerse fácilmente que la celebridad literaria de Macaulay atraería en torno de él multitud de imitadores y plagiarios, censores y apologistas, entrometidos é importunos. «Un nuevo número de la Revista. Hay un artículo que es un remedo de los míos. Haga lo que quiera, el imitador no puede coger el tono; pero muchas personas no serían capaces de distinguir. A veces copia por completo. Pero no me que-

Hablamos sobre la costumbre de edificar castillos en el aire, costumbre á que lady Trevelyan y yo nos entregamos como nadie que yo sepa. Dije á Jorge una cosa que no creo haya notado ningún crítico: que los griegos llamaban á ese hábito *κενή μακαρία* (vana satisfacción).

(1) Macaulay aplica ese calificativo al duque de Maine en el relato del sitio de Namur, en el capítulo XXI.

jaré. Un hombre debe tener lo bastante para reservar algo á los ladrones.» «He recorrido los dos tomos de... A lo que veo, es un imitador mío. Pero yo soy un modelo peligroso. Mi estilo, según creo y según cree el público, es bueno en general; pero está á muy poca distancia de un estilo muy malo, y los caracteres de él que pueden copiarse fácilmente son muy discutibles.» «Hay raros ejemplos de necedad ó impertinencia. Un sacerdote de la iglesia episcopal escocesa me escribió hace tres semanas preguntándome el sentido de la alusión que hago á Santa Cecilia hablando del juicio de Warren Hasting. Le respondí atentamente, y me escribió dándome las gracias. Ahora vuelve á escribir diciendo que ha olvidado un verso de mi Horacio y suplicándome que se le reproduzca, como si no hubiese en el reino nadie más que yo á quien recurrir. Un majadero de Wiesbaden me envió hace días un montón de versos execrables. Le dije que eran malos, y le aconsejé que se dedicase á otra cosa. Le señalé media docena en apoyo de mi opinión. Ahora me manda doble número de versos, y me suplica que los revise, asegurándome que ha corregido los que yo le citaba. Le he devuelto su segunda remesa con una carta que forzosamente ha de entender.» «Carta de un escocés que dice que desea publicar una novela, y que vendrá á enseñarme el original, si le mando cincuenta libras. Realmente yo puedo tener mejores novelas más baratas.» «¡Qué peticiones tan singulares recibo! Me ha escrito un sujeto, diciéndome que es pintor, y rogándome, como amante de las bellas artes, que le alquile ó le compre una vaca para modelo.»

Un maestro de escuela de Cheltenham (escribe Macaulay á su hermana) me envió hace dos años y medio un opúsculo desdichado sobre la India británica. Al

contestarle, le llamé la atención sobre dos desatinos de marca que había cometido, y que le aconsejaba corregir, porque se proponía publicar una pequeña edición para uso de las escuelas. La recompensa que obtuve fué ver anunciada la obra como «revisada y corregida por lord Macaulay». Es inútil irritarse con gente de esta calaña. Obran según son. Tanto valdría censurar á una mosca por zumbar. «Un artículo sobre mí en *Blackwood*. El autor se figura que Guillermo III escribió sus cartas en inglés, y toma las traducciones de Coxe por el original. ¡Buen apunte para darme lecciones de historia!» Estoy frito por... que, á despecho de súplicas repetidas, me atormenta con sus defensas oficiosas contra todo el mundo. Una vez es la *Saturday Review*, otra *Paget* y ahora *Blanckwood*. Acabaré por decir algo muy duro. Algún solemne mentecato me ha remitido una tarjeta con un dístico impreso, que califica de *Impromptu* sobre dos historias voluminosas publicadas últimamente:

*Two fabulists; how different the reward!
One justly censured, t'other made a Lord* (1)

No tengo la más remota idea de á quién quiere aludir al decir el otro. ¡Que haya un hombre bastante estúpido para mandar imprimir tal aleluya, con la sola idea de dar un disgusto que, después de todo, no da! Pienso á menudo que un extenso conocimiento de la historia literaria es de inestimable valor para un literato — quiero decir; para su gobierno, para moderar sus esperanzas y sus temores y fortificar su ánimo.—Yo he tenido bastantes detractores para mo-

(1) Dos fabulistas. ¡Cuán diferente su recompensa! El uno justamente censurado; el otro hecho lord.

lestarme, si no hubiese sabido que ningún escritor de igual éxito ha padecido menos que yo por esa causa; y que muchos escritores más meritorios y menos afortunados han excitado envidias reveladas bajo la forma de las más horribles calumnias. La mejor respuesta al insulto es el desprecio, á que soy bastante inclinado por naturaleza; y el desprecio no se demuestra con expresiones ofensivas.

Alguna que otra vez, cuando Macaulay se sentía de humor para la crítica, llenaba un par de caras de su diario con observaciones sobre el libro que estaba leyendo. Algunos de esos trabajitos son dignos de conservarse.

No puedo comprender la manía de algunas personas por Defoe. Le miran como un genio de primer orden y un dechado de virtud. Escribió sin duda un libro excelente—la primera parte de *Robinsón Crusóé*—una de esas proezas que sólo pueden realizarse merced á la unión de la suerte con el talento. Aquella pavorosa soledad durante un cuarto de siglo, esa extraña unión de la holgura y la tranquilidad con las penalidades del aislamiento, fué mi deleite antes de los cinco años y ha sido el deleite de centenares de miles de niños. Pero ¿qué cosa grande ha hecho Defoe fuera de la primera parte de *Robinsón*? La segunda parte, comparativamente, es pobre. La *Historia de la peste* y las *Memorias de un caballero* son, en ciertos sentido, obras de arte interesantes. Semejan maravillosamente verdaderas historias; pero, consideradas como novelas, que es lo que son, no valen mucho. Tenía maña indudablemente para presentar la ficción como verdad. Pero ¿debe admirarse esa maña? ¿No es cosa del mismo género que el don del pintor que engaña á los pájaros con sus frutos? Yo he visto caza muerta pintada de tal

modo, que me parecieron de verdad las perdices y los faisanes; pero, seguramente, tales pinturas no rayan muy alto como obras de arte. Las *Memorias de un caballero* engañaron á Villemain, y antes de él, á lord Chatham; pero, cuando se sabe que esas Memorias son ficticias, ¿qué valor tienen? ¿Qué inmensamente inferiores á *Waverley* ó á las *Leyenda de Montrose*! En cuanto á *Moll Flanders*, *Roxana* y el *Capitán Jack*, son una verdadera desdicha. Como escritor político, es simplemente uno de tantos. Parece haber sido un hombre sin principios, dispuesto á adoptar cualquier opinión sobre cualquier asunto. De todos los escritores era el más desgraciado en ironía. Dos veces fué perseguido por expresiones que él suponía irónicas, pero tenía tan poca habilidad, que todo el mundo le entendió al pie de la letra. Algunas de sus obras son más que inmorales; son completamente brutales. En conjunto, no me gusta.

Lord Stanhope me ha enviado el primer tomo de los Discursos de Peel. Los devoré. El tomo versa enteramente sobre la cuestión católica. Contiene algunos pormenores interesantes que son nuevos; pero deja á Peel en el lugar en que estaba. Siempre demostró en vida, y lo mismo observo en esta su defensa póstuma, una resolución obstinada de no entender el cargo que le dirigíamos yo y otros que pensaban como yo. Siempre afectaba creer que le censurábamos por su conducta en 1829, y presentaba pruebas de lo que nosotros estábamos perfectamente dispuestos á admitir: de que el Estado hubiese corrido gran peligro en 1829, si no se hubiese puesto término á la exclusión de los católicos. Pero lo que nosotros le censurábamos era su conducta en 1825 y más aún en 1827. Nosotros decíamos: «O estuvo usted ciego para no prever lo que iba á venir á

obró usted culpablemente no arreglando la cuestión cuando podía arreglarse sin el oprobio de ceder á la agitación y al temor de insurrecciones; y procedió usted de la peor manera contra Canning.» A este, que era nuestro verdadero cargo, no hace alusión siquiera. Es un polemista aún en este libro (1).

Me he paseado por el jardín, leyendo los discursos de Cicerón en pro de Sextio y de Celio, y la invectiva contra Vatino. La vanidad es completamente intolerable. No conozco nada como ella en literatura. La importancia que se daba el hombre rayaba en monomanía. A mí los discursos, juzgados con arreglo al patrón de la oratoria forense inglesa, me parecen muy malos. No tienden á ganar un veredicto. Son hermosas lecciones, hermosas declamaciones, excelentes para Exeter Hall ó para el Music Hall de Edimburgo, pero no para ponerse al lado de los discursos de Scarlett ó de Erskine, como discursos destinados á convencer y persuadir á los jurados. Hay que saber, no obstante, cuáles eran las disposiciones de aquellos tribunales de Roma. Quizá una simple arenga política podía producir en el Foro un efecto que no produciría en el Tribunal del Banco del Rey. Hay que saber también, en ciertas ocasiones, hasta qué punto habían dilucidado las cuestiones de prueba Hortensio y otros antes de que hablara Cicerón. La peroración parece haber sido reservada para él. ¡Pero figurémonos ahora al defensor de un hombre que ha capitaneado un motín electoral, diciendo al jurado que consideraba

(1) Macaulay escribe en otra parte: «He leído *Sir Roberto Peel* de Guizot. No me parece completamente digno de su talento, ni puede aceptarse como un juicio acertado de Peel. Yo podría trazar su retrato mucho mejor, pero no lo haré por muchas razones.»

excelente aquella ocasión para instruir al elemento más joven del público sobre la distinción entre whigs y tories, y procediendo después á una disertación histórica de una hora sobre la guerra civil, el *bill* de exclusión, la revolución, la paz de Utrecht y sabe Dios cuántas cosas más! Sin embargo, eso es completamente semejante á lo que hacía Cicerón en su defensa de Sextio.

Fuí al Athenæum, y pasé allí dos horas leyendo los tratados de Jhon Mill sobre la libertad y la Reforma. Mucho bueno en los dos. Lo que dice en el primero acerca de individualidad se presta á alguna crítica, á mi juicio. ¿Qué significa la queja de que no hay individualidad ahora? El genio sigue su carrera, como siempre. En la ciencia jamás se han conocido invenciones más atrevidas que en nuestro tiempo. Los buques de vapor, la locomotora, el telégrafo eléctrico, el alumbrado de gas, pueden servir de ejemplos. La geología es una ciencia verdadera completamente nueva. La frenología es una ciencia falsa completamente nueva. Piénsese lo que se quiera de la teología, de la metafísica, de las teorías políticas de nuestro tiempo, no será por falta de atrevimiento y de novedad por lo que pequen. El comptismo, el sansimonismo, el fourierismo, son bastante absurdos, pero seguramente no son indicios de un respeto servil á la tradición y á la autoridad. Luego la clarividencia, el espiritismo y demás desvarios y bellaquerías indican una inquieta rebelión contra los senderos trillados, más bien que decisión estúpida de engolfarse en esos senderos. Nuestra literatura ligera, hasta donde yo la conozco, es nerviosa y excéntrica. Cada escritor parece resuelto á hacer algo raro, á desafiar todas las reglas y cánones de la crítica. El metro debe ser raro;

la dicción rara. Tan grande es la afición á la rareza, que hombres que no tienen más recomendación que su rareza ocupan alto puesto en la estima popular. Por lo mismo, no acaba de gustarme ver á un hombre del talento de Mill recomendando la excentricidad como una cosa casi buena en sí misma, como una cosa destinada á apartarnos de bizantinismos que yo condenaría en considerar con él como una gran calamidad. Realmente grita « ¡Fuego! » en medio del diluvio de Noé.

«He leído las *Quarterly Reviews* de 1830, 1831 y 1832, y me ha asombrado la pobreza y flojedad de los artículos políticos. No creo que esto sea en mi prevención personal ni política, aunque ciertamente no me gustaba Southey, y me era muy antipático Croker, los dos principales redactores. Pero yo veo el mérito de muchos trabajos de Southey, con los cuales disto mucho de estar de acuerdo—las *Cartas de Espriella*, por ejemplo, y *Vida de Wesley*;—y veo el mérito de las novelas de Teodoro Hook (á quien aborrecía más aún que á Croker), á pesar de estar plagadas de improperios contra mis amigos políticos. Creo, pues, que mi opinión sobre esos artículos políticos de la *Quarterly Review* es una opinión justa; y á mí me parecen pura morralla—absurdas perversiones de la historia, paralelos que no demuestran ingenio ninguno, predicciones singularmente desmentidas por los hechos, insultos en vez de argumentos, y ni un solo arranque de talento ó de elocuencia.—Todo ello está olvidado. Los despropósitos que dice Southey sobre la economía política bastan para justificar mi opinión acerca de él. Dice que ningún hombre sensato se preocupa jamás de esas cuestiones pseudo-científicas de la renta ó el salario. Seguramente no podía ser tan zote que no supie-

se que una parte del producto de una tierra pertenece al dueño, y otra parte al cultivador; y, á menos que tuviese un cerebro de especie rara, debía haber supuesto que habría alguna ley que rigiese la distribución del producto entre esas partes. Y, si existe tal ley, ¿cómo puede ser indigno de un hombre sensato tratar de averiguarla? ¿Puede haber investigación más importante para el bien de la sociedad? Croker está por debajo de Southey, porque Southey tenía un buen estilo y Croker no tenía más que itálicas y mayúsculas en sustitución de la elocuencia y de las razones.»

He leído mucho de las *Memorias de Southey*, publicadas por su hijo. En su mayoría, apenas son más que las cartas del mismo Southey. No sé cómo no he leído antes la obra. No ha modificado en nada mi opinión sobre Southey. Buen padre, buen marido, buen hermano, buen amigo; pero inclinado á odiar á los que no conocía, sin más motivo que las diferencias de opinión, y muy acerbo y rencoroso en sus odios. Luego no había hombre más pagado de sí en toda la historia literaria, porque nada podían contra su presunción las más severas advertencias. El fracaso completo de una obra suya no servía más que para confirmarle en la creencia de su bondad. No conocía ese descontento de los propios trabajos, que á mí me parece un buen signo, quizá porque lo siento en gran escala. Algún tiempo después de publicado *Madoc*, y cuando el primer ardor de la composición debía haberse enfriado, dice Southey que la ejecución es perfecta, que no puede ser mejor. Yo he tenido, como escritor, éxitos infinitamente mayores que los de Southey, y, aunque no he escrito la quinta, ni la décima parte que él, he ganado más miles de libras con la literatura, que él cientos. Y, sin